



**23 de noviembre de 1991.** Esta noche ha ocurrido algo perturbador, que podría haber tenido consecuencias fatales para todos nosotros. Un coche lleno de yonkies ha intentado entrar en el edificio. Evidentemente, pensaban que estaba desierto y nos hemos tenido que deshacer de ellos y de su coche. Es la primera vez que ocurre algo así, pero la apariencia de abandono del edificio podría provocar más problemas del mismo estilo en el futuro.

Estábamos todos comiendo arriba cuando el coche ha entrado en la zona del parking y ha hecho saltar la alarma. Bill y yo hemos bajado al oscuro garaje y hemos abierto una mirilla para ver quien estaba fuera.

El coche ha apagado las luces y uno de los ocupantes ha bajado y ha intentado abrir la puerta del garaje. Al no poder, ha empezado a intentar sacar los clavos de los tablones de la ventana que tapan los cristales. Otro joven ha saltado del coche para yudarlo. No podíamos verlos en la oscuridad, pero sí oír como hablaban. Eran negros sin ninguna duda, y evidentemente estaban dispuestos a entrar, de una forma u otra. Bill ha intentado disuadirlos. En su mejor acento barriobajero ha exclamado a través de la puerta:

-“¡Eh tío, este sitio ta ocupado. ¡Mueve tu culo a otra parte!”

Los dos negros han dado un paso atrás sobresaltados. Entonces han empezado a murmurar entre ellos, y los otros dos individuos del coche se les han unido. Después ha empezado un dialogo entre uno de los negros y Bill, que más o menos ha ido así. :

-“No sabíamos que esto estaba ocupado hermano. Solo estamos buscando un sitio para chutarnos”

-“Vale, ahora ya lo sabéis! Así que largo!”

-“¿Porque eres tan hostil hermano? Déjanos entrar. Tenemos material y chicas. ¿Estas solo?”

-“Nos toy solo, y no quiero nada. Mejor date el piro hermano”

(Nota al lector: El dialecto de los negros en América contenía muchos términos especiales relacionados con las drogas y su consumo, que fue endémico entre ellos hasta el final. “Material” significa droga, normalmente heroína, un derivado del opio que era especialmente popular.

“Chutarse significaba inyectarse la heronia en una vena. Tanto su hábito de drogarse así como gran parte de su dialecto, se extendió entre la población blanca de América durante el periodo de mezcla racial forzada por el gobierno en las ultimas décadas del la Antigua Era.)

Pero Bill no ha conseguido disuadirlos. El segundo negro ha empezado a golpear de forma rítmica la puerta del garaje, sin parar de repetir: “ ¡Abre hermano, Abre!” Alguien en el coche a puesto la radio y música de negros a un volumen ensordecedor ha empezado a retumbar por todos sitios.

Puesto que lo ultimo que podíamos permitirnos era atraer la atención de la policía o de alguien en la vecina empresa de transportes, y con esta ruidosa escena no hubiera sido nada raro, Bill y yo hemos acordado como solucionarlo rápidamente. Hemos armado a ambas chicas con escopetas y se han colocado detrás de unas cajas. Yo he cogido una pistola, he salido por la puerta trasera, y he rodeado sigilosamente el edificio para poder cubrir por detrás a los intrusos. Entonces Bill ha exclamado: “Ok, ok, ya abro la puerta. Entra el coche tío.” Mientras Bill estaba levantando la puerta,, uno de los negros ha vuelto al coche y lo ha encendido. Bill se ha apartado y ha mantenido la cabeza agachada, para cuando los focos lo iluminaran su tez blanca no se notara. Cuando todos han entrado Bill ha empezado a bajar la puerta. El coche de los negros no ha acabado de entrar y la puerta no se podía cerrar, los negros han ignorado repetidamente la orden Bill de que avanzaran un metro más. Entonces uno de los negros que estaban de pie ha mirado mejor a Bill e inmediatamente ha dado la alarma. “Este no es un hermano”, ha exclamado.

Bill ha encendido las luces de la tienda, y las chicas han salido des sus escondites mientras yo me deslizaba por debajo la puerta parcialmente cerrada.

“ Todos fuera del coche, tiraos al suelo” – Ha ordenado Bill abriendo de golpe la puerta del automóvil. “¡Venga negros, moveos!”

Los negros, habiendo visto las cuatro armas que les apuntaban, se han movido no sin antes protestar enérgicamente. Dos de ellos, sin embargo, no eran negros. Una vez han estado los seis tumbados en el suelo boca abajo, hemos visto que teníamos a tres negros, una negra y a dos chicas blancas. He agitado la cabeza con disgusto al ver las dos chicas blancas, ninguna de las cuales parecía tener más de 18 años. No hemos tardado demasiado en decidir lo que haríamos. No nos podíamos permitir el ruido de las escopetas, así que he cogido una palanca bastante pesada y Bill una pala. Mientras las chicas nos cubrían con las escopetas, hemos empezado por los lados opuestos de la fila tendida en el suelo, actuando de manera rápida pero eficaz. Un golpe seco o un tajo en la nuca de cada uno de los prisioneros ha sido suficiente. La cosa ha funcionado hasta los dos últimos. La hoja de la pala de Bill ha chocado contra el cráneo de unos de los negros y ha golpeado el hombro de la chica blanca que tenía a su lado, haciéndole un gran corte pero sin llegar a ser una herida letal. Antes de que pudiera poner mi palanca en juego para acabar con ella, la muy zorra se había levantado como un rayo.

Al entrar, he empujado la puerta del garaje tan abajo como he podido, pero no ha quedado bien cerrada y durante todo el rato ha ido abriéndose poco a poco, hasta llegar a dejar unos dos palmos entre el suelo y la puerta. La chica ha conseguido escurrirse por este pequeño espacio y se dirigía a la calle mientras yo la seguía a ocho u nueve metros de distancia.

Me he quedado helado de miedo cuando he visto un resplandor en el asfalto, justo enfrente de la chica. Un gran camión estaba saliendo hacia la calle desde el aparcamiento de al lado. Si la chica hubiera llegado a la calle, habría sido sin duda iluminada por los faros del camión, y el conductor la hubiera visto de forma inevitable.

Sin pensarlo dos veces he sacado mi pistola y he disparado abatiendo la chica al lado de los setos que separan nuestra entrada de la de los vecinos de la empresa de camiones. Ha sido un buen tiro, no solo por su efecto, también porque el rugido del camión acelerando ha disimulado de un modo efectivo el estruendo del disparo. Me he agazapado al lado de la puerta, empapado de un sudor frío, hasta que el ruido del camión se ha desvanecido en la distancia.

Bill y yo hemos cargado los seis cadáveres en el maletero del coche del negro. Bill ha conducido el coche, mientras Carol le seguía en nuestro vehículo, y ha dejado el terrible horrendo cargamento aparcado al lado de un restaurante de negros en el centro de Alexandria. ¡Dejemos que la policía se imagine lo que ha pasado!

El trabajo con los equipos de comunicaciones va bastante bien. Las chicas han montado tantas unidades antes de la hora de cenar – y del desafortunado accidente de esta noche – que yo no he podido seguir su ritmo a la hora de sintonizar y comprobar los equipos, que es mi parte del trabajo. Si tuviera un osciloscopio mejor y algunos instrumentos más, podría hacer más.

**30 de noviembre.** Pensando en los hechos del pasado sábado, lo que me sorprende es que no siento ninguna clase de arrepentimiento ni culpa por el hecho de matar a aquellas dos putitas blancas. Hace seis meses, no me podía imaginar a mí mismo degollando a una adolescente blanca, bajo ningún concepto. Pero últimamente me he vuelto más realista acerca de la vida. Entiendo que aquellas dos chicas estaban con esos negros solo porque habían sido infectadas por el “mal” del liberalismo por las escuelas y las iglesias y también por la pseudo-cultura de plástico que el Sistema promueve entre la gente joven en nuestros días. Seguramente, si ellas hubieran sido educadas en una sociedad sana, habrían tenido algo de orgullo racial.

Pero tales consideraciones son irrelevantes en la presente fase de nuestra lucha. Hasta que tengamos en nuestras manos los medios para poder aplicar una cura definitiva contra la enfermedad, debemos tratarla con otros medios menos sutiles, al igual que uno aparta y se deshace de los animales enfermos en cualquier rebaño, a menos que se quiera perder el rebaño entero. Este no es momento para sentimentalismos.

Esta lección la hemos aprendido a la fuerza cuando hemos visto las noticias de esta noche. El Consejo de Relaciones Humanas de Chicago había celebrado una gran manifestación “antirracista”. La supuesta razón para tal manifestación era para protestar por el acribillamiento el viernes, de un coche lleno de “delegados” negros, en el centro de Chicago y a plena luz del día, presumiblemente realizado por la Organización. Solo tres negros habían resultado muertos, pero el Sistema se ha aprovechado de la situación para sofocar el creciente resentimiento de la población blanca contra el Consejo de Relaciones Humanas y sus bandas de matones negros. Parece ser que estos escuadrones de delegados negros han perpetrado peores atrocidades contra blancos indefensos en Chicago, que las que han hecho por aquí. La manifestación de Chicago, que ha sido fuertemente respaldada y anunciada por todos los medios de comunicación en el área de Chicago, ha contado en sus primeras fases con unas 200.000 personas, más de la mitad blancos. Cientos de autobuses especiales, cedidos por la autoridad municipal de transportes, han traído gente de todos los suburbios para la ocasión. Cientos de jóvenes negros llevando bandas del CRH en el brazo, se paseaban arrogantemente entre la gran muchedumbre “manteniendo el orden”.

Durante la manifestación han pronunciado sus discursos los habituales prostitutas políticos y del púlpito, quienes han lanzado piadosas llamadas a favor de la “hermandad” y la “igualdad”. Después el sistema ha expuesto a uno de los “Tom” locales, quien ha dado un exaltado discurso acerca de aplastar “el diabólico racismo blanco” de una vez por todas. (Nota al lector: Un “Tom” era un negro seguido y respetado por la comunidad, usado por las autoridades o los judíos para sus propios intereses. Eran expertos en manipular a las masas de su propia raza y estaban bien pagados. Algunos “Toms” fueron empleados brevemente incluso por la Organización, durante las últimas fases de la Revolución, cuando fue necesario conducir a millones de negros fuera de ciertas áreas urbanas hacia campos de retención, con unas pérdidas mínimas de vidas blancas.)

Posteriormente, los habilidosos agitadores del CRH, llevaron a varias áreas de la gran muchedumbre a un estado de excitación, casi locura, en pro de la “fraternidad y la tolerancia”. Estos muchacho judíos, con su pelo rizado, oscuros de complexión, sabían realmente lo que estaban haciendo mientras soltaban sus consignas incendiarias por sus megáfonos electrónicos. Ellos han convertido a los manifestantes en una masa que chillaba, que anhelaba sangre, con verdaderos deseos de destrozar a cualquier “Blanco racista” que fuera tan infortunado como para caer en sus manos.

Mientras entonaban un “ ¡Matemos a los racistas!” y otros consignas de amor fraternal, las masas ha empezado una marcha por el centro de Chicago. Los comerciantes, trabajadores y todo aquel que estaba por la calle, ha sido obligado por los delegados negros a unirse a la marcha. Todo aquel que ha rehusado, ha sido golpeado sin piedad.

Mientras, bandas de negros, han empezado a entrar en las tiendas y bloques de oficinas a lo largo de la ruta de la manifestación, ordenando a todo el mundo que saliera a la calle. Normalmente solo ha sido necesario patear, hasta que eran poco más que una masa sangrienta en el suelo, a uno o dos tozudos blancos que se negaban, para que el resto de los ocupantes de la oficina o del comercio se unieran entusiásticamente a la manifestación.

Mientras la marcha ha ido engrosando sus filas, acercándose al medio millón de personas hacia el final, los negros con los distintivos del CRH, se han vuelto más y más beligerantes. Cualquier blanco que pareciera que no entonaba las consignas lo suficientemente alto, podía ser fácilmente atacado.

También se han producido algunos incidentes especialmente horribles, en los que las cámaras de TV no han perdido detalle. Alguien entre la gente ha empezado el rumor que en una librería vendían “libros racistas”. En apenas un minuto, un grupo de varios centenares de manifestantes –esta vez, la mayoría jóvenes blancos – se ha escindido del grupo principal y han convergido delante de la librería. Han roto las ventanas y grupos de manifestantes que han penetrado en el establecimiento, han empezado a traspasar montones de libros a sus cómplices que esperaban fuera. Después que el arranque inicial de rabia se hubiera disipado al arrancar salvajemente paginas y

lanzarlas al aire, han encendido una fogata en la acera para el resto de los libros. Después han arrastrado al pobre dependiente hasta la calle y han empezado a golpearle. Ha caído al suelo y toda la gentuza se la ha echado encima, pateándole y pisándole. La televisión ha sacado un primer plano de la escena. Las caras de los manifestantes blancos estaban contorsionadas por el odio... ¡hacia su propia raza!

Otro incidente en el cual la TV no ha perdido detalle, ha sido la muerte de un gato. Alguien ha señalado a un gran gato callejero de color blanco y ha empezado a chillar, ¡A por el maldito gato blanco! . Una docena de manifestantes han perseguido al desafortunado gato hasta el callejón. Cuando unos instantes más tarde han reaparecido, llevando el sangriento cadáver del gato, se ha producido una gran exaltación, rebotante de felicidad, entre los manifestantes que habían presenciado tal barbaridad. ¡Pura locura!

Es imposible describir con palabras lo deprimidos que estamos por el espectáculo de Chicago. Este es, naturalmente, el objetivo de los organizadores de la manifestación. Son expertos psicólogos, y comprenden perfectamente el uso del terror a gran escala para intimidar. Saben que millones de personas que aun se les oponen, ahora estarán demasiado asustadas para exteriorizar tal oposición. ¿Pero como nuestro pueblo – los blancos americanos- hemos podido ser tan cobardes, tan rastreros, tan deseosos de complacer a nuestros opresores? ¿Cómo podemos reclutar a un ejercito revolucionario de esta panda de inútiles?

¿Es realmente esta, la misma raza que hace 20 años caminó por la Luna y emprendía rumbo a las estrellas? ¡Que bajo hemos caído!

Ahora se muestra estremecedoramente claro, el hecho que no hay forma de ganar la presente lucha sin derramar mucha sangre, verdaderos ríos de sangre.

El coche lleno de carroña que dejamos el sábado en Alexandria ha sido mencionado brevemente en las noticias locales, pero no en las nacionales. Sospecho que la razón para esta diferenciación no estriba en que los asesinatos séxtuplos se hayan vuelto demasiado corrientes para ser noticia, sino más bien que las autoridades se han dado cuenta de la significación racial del asunto y han preferido no dar ideas a posible imitadores...

\* \* \*

